

Cuento Los Constructores*

Jorge Rivadeneyra A.**

LOS CONSTRUCTORES

En algún lugar de la Gran Muralla China todavía es legible un altorrelieve escrito probablemente a comienzos del imperio Tsin-Chi-Huang-Ti, que dice: *"todo tiene un comienzo"*. Quizá se trate de algún discurso con el cual se iniciaba la marcha de la historia, a sabiendas de que la historia no se construye a partir de la decisión de nadie, ni siquiera de esos imperios que se pronostican mil años de existencia. Esta certeza, da paso a la suposición de que acaso se trate de un aforismo. Esta nueva conjetura tampoco tiene suficiente anclaje por cuanto resultaba imposible continuar leyendo lo que seguía después de "todo tiene un comienzo" a causa de que los jeroglíficos están desgastadísimos. Seguramente el viento nocturno que es el que más arena trae, varios terremotos, innumerables tifones y sobre todo la mala costumbre de personas habituadas a palpar los signos para mejor comprenderlos, a lo largo de tantos milenios, los han ido borrando poco a poco.

Es una versión verosímil eso de que sólo se trate de un aforismo. No obstante, cuando el asunto se

* Por la presente, con mucho gusto autorizo a Ramiro Dávila la publicación de un trabajo mío denominado Los Constructores. Para constancia de lo cual, firmo en Caracas, Venezuela, el 15 de abril de 2012. Muy atentamente, Jorge Rivadeneyra A. C.I. 6518570

refiere a China pareciera que la misma palabra verosímil es inverosímil. De ahí que sobre el asunto haya numerosas conjeturas, otra de las cuales es la siguiente: disidentes de los mandamientos imperiales, clandestinos como desde entonces son los disidentes que aspiran a la sobrevivencia, quisieron dejar constancia de que si existe un comienzo, necesariamente debe haber un final. ¿No decían las comadronas de la Corte, notables por su sabiduría, que todo lo que nace tiene que morir? Cuesta trabajo atribuirle a este criterio de ama de casa un matiz subversivo. Sin embargo, como ese vaticinio contradice las convicciones acerca de la eternidad imperial, es imprescindible mirar los pormenores con muchísimo cuidado, y gracias a esa minuciosidad se podría atribuirle disidencia a esa alusión soterrada de que la Dinastía desaparecerá un día, de manera inapelable. ¿Mortalidad de lo eterno? ¡Vayaviendo!, como si de labios para adentro se creyese que el verdadero imperio de la existencia es la incertidumbre.

Como se puede apreciar, lo sedicioso de ese razonamiento acerca de que todo lo que nace tiene que morir radica en que se niega la posibilidad de que los seres humanos determinen las formas y las fechas en que se cumplirán sus metas porque el rato menos pensado los visita la muerte. Y si eso es así, resulta dogmáticamente verdadera la hegeliana afirmación de que el camino hacia la muerte comienza con el nacimiento. De ese modo, lo único cierto sería una eternidad que se constituye con infinitas

mortalidades. Por ello, puesto que todo es posible, han circulado suposiciones urdidas por los Mandarines, por los comerciantes de exquisiteces e incluso por enamorados desengañados, víctimas de amores con final trágico, usuales en toda China. Y en las Actas del Rugido del Dragón, que así se llamaba el Sindicato de Albañiles, se ha dejado constancia de que no se trata de ningún direte sino tan sólo de informar a las futuras generaciones que los primeros constructores de la Gran Muralla llegaron a trabajar a lo largo de innumerables madrugadas, sin derecho a conversar, menos a quejarse, hasta que iban desapareciendo con el pretexto de orinar, pero en realidad con el propósito de fornicar amparados por la neblina, en el curso de incontables fines de semana, para cumplir con el decreto imperial de llegar a ser los más numerosos del universo.

¿Cuándo se inició todo esto? ¿Cuánto duró esta eternidad? Nótese que viajeros de distintas épocas han dejado constancia escrita del asombro, e incluso del pavor que les produce esta especie de hueco en el tiempo, resumido en las antedichas interrogantes. La imposibilidad de señalar una fecha constituye un auténtico vacío temporal que produce insospechadas complicaciones por la simplísima razón de que es fundamental festejar los aniversarios. Fijate en tu libretita de notas: allí está escrito, con letras de molde, que ella se pone como un rompiente de mar porque no recuerdas el día que se conocieron.

De acuerdo al Informe que redactó el agrimensor que Franz Kafka envió a la Gran Muralla cuando terminó sus labores en “El Castillo”, aquel monumento no fue construido de corrido, sino este año sí, el próximo no. En lugares distintos, cuadrillas de albañiles comenzaban y terminaban una parte, en remotas provincias, sobre la línea imaginaria trazadas por los Señores del Imperio, a lo largo de la tundra, entre montañas de mal talante y sobre las prolongaciones del desierto de Gobi. Las órdenes de los Todopoderosos eran absolutas y minuciosas: determinaban las tareas que debían ejecutar cada uno de los constructores para alcanzar metas que nadie conocía, habida cuenta que es mejor no saber que no se sabe.

—¿No saber que no se sabe?

—¿Qué diría Sócrates de este nuevo tipo de ignorancia!

Sin embargo, estaban enterados de que se nace como una página en blanco, sin destino específico, hecho que fue notado por el suspicaz Juan Jacobo Rousseau cuando viajó secretamente a la Gran Muralla antes de escribir El Contrato Social y el Discurso sobre las Ciencias y las Artes.

Esta singularidad, eso de nacer como una página en blanco, ha determinado que los señores de Imperio se tomen el trabajo de asignar a cada quien una misión en la vida, verbigracia la de albañiles, recoge-desperdicios, eunucos o guerreros. No obstante, algunos ilustres pensadores, como Chuang-Tsé, o

Confucio, propalaron mensajes cifrados, sumamente insidiosos, en los que aseguraban que determinar el destino de las personas no es una actividad desinteresada. Y bajando la voz, porsiacaso haya espías, en muy susurros decían que agentes de la Corte colocaban en las cabeceras de los ríos determinadas sustancias contaminantes. Quienes saciaban su sed en esos manantiales tenían hijos que nacían con las características morfológicas de *coolí*, es decir gente sin propósito de enmienda, para que nunca falte la mano de obra necesaria destinada a la construcción de la Gran Muralla, cuyo verdadero y secreto propósito era eliminar las contradicciones existenciales para alcanzar la inmutabilidad ontológica del ser.

Inmutabilidad Ontológica del ser es un eufemismo evidente. Lo usaban los escribas del imperio, según algunos maliciosamente, y según otros por ignorancia puesto que en ese entonces no existían relaciones culturales con España, país donde ya se había inventado eso de llamar al *pan pan* y al *vino vino*. Por eso decían inmutabilidad ontológica del ser en vez de *hegemonía cósmica*. Además, la diplomacia imperial prohibía que se llamara a las cosas por su nombre no sólo para propiciar el desarrollo hiperbólico de homónimos y sinónimos, sino también para multiplicar las sutilezas del lenguaje y el uso de palabras de doble sentido. De acuerdo a estos mandamientos, la profesión más difícil era la de embajador por cuanto ese exigía la sabiduría de memorizar todos los discursos de la mentira, las metáforas de la

vida cotidiana y las infinitas técnicas especializadas en el vicio de repetir sin ton ni son la sabiduría de la nobleza, o simular haberlas olvidado entre silencios y sonrisas.

Los Ordenadores eran invisibles. Nadie los conocía, pero monopolizaban el poder de decidir el destino de los subalternos. Como carecían de domicilio conocido, se sospechaba que deambulaban por la ciudadela de los dioses donde se encontraban los aposentos de la Corte Imperial. Se decía que a pesar de haber monopolizado la fuerza, mediante infalibles artilugios, habían alcanzado el don de atomizarse a fin de instalarse sigilosamente en la conciencia de cada uno de los constructores de la Gran Muralla.

En los archivos secretos de la Dinastía Chu, rescatados por los anticuarios que se vieron obligados a donarlos a la Biblioteca de Pekín para evitar que se les tildara de traidores durante la Revolución Cultural, consta que esos subrepticios concientizados, albañiles, picapedreros, agrimensores y dibujantes se distinguieron por una intachable disciplina, hasta el punto de que jamás desobedecieron una orden. Ni siquiera la *gripe asiática*, las lluvias de otoño o las nevadas invernales les impidieron cumplir meticulosamente con el horario de acuerdo al reloj biológico que les fue adjudicado gratuitamente. Etimólogos de renombre afirman que en el idioma sánscrito-mongoloide la palabra democracia es la traducción de esa incondicionalidad, aun cuando

algunos arteros aseguran que el verdadero nombre de la incondicionalidad es cobardía. No obstante, en los manuales de Moral y Buenas Costumbres se le llama “La virtud de la obediencia”.

Dicen que el origen de la obediencia es el siguiente: alguien, desconocido, invisible y quisquilloso, anotaba lo que hacía cada uno de los constructores en el Libro de la Vida, llamado también Libro del Destino. Así que nunca fue imprescindible el látigo de los capataces ni ese sistema de sanciones llamado *aplicación del hielo*, consistente en que nadie te saluda ni te responde si le preguntas dónde queda el orinal. La razón era muy sencilla: si hubiese alguien que incumpliera no sólo perdería un año de vida, sino que adicionalmente no podría participar en los ritos primaverales del Gran Dragón, y perdería para siempre la capacidad de escuchar la música que se deslizaba desde la Corte Imperial durante el vuelo cósmico de la Serpiente Azul. Era una melodía que se esparcía por el universo mediante el viento que algunos equivocadamente suponían que era eso que Pitágoras llamaba la *música de las esferas*.

Todo esto confirma, reiteradamente, que la Gran Muralla tuvo innumerables comienzos y otros tantos finales. Lo peculiar de la situación impide establecer científicamente no sólo si ya fue terminada, sino si el verdadero propósito de tan magna obra fue el de mantener un altísimo *per capita* nacional. Esta dificultad ha dado lugar a la formulación de otras

contradictorias conjeturas, como esa de que bien podría ser un desafío a la eternidad entendida como amalgama de tiempo y espacio. Pareciera que la teoría de la *cuarta dimensión*, inventada por Einstein, se inspira en esa conjetura. Otros dicen que a causa de la transparencia del aire, desde la Gran Muralla es más fácil observar las necesidades de la humanidad, sus discordias, incluso los malos pensamientos y las posibilidades del intercambio comercial con el sistema planetario.

Pero estas son especulaciones suspicaces, entre otras muchas que sin recatos pretenden averiguar para qué fue construida la Gran Muralla, como si fuese indispensable que todas las cosas tengan un para qué. Entre las tantas, hay algunas de gran vuelo, como esa de que la decisión de erigirla tuvo la meta de limitar el universo infinito: allá, Andrómeda. Más acá la Vía Láctea, y aquí la Gran Muralla. Otros, fervientes discípulos de Lao Tsé, mal disimulando su espíritu blasfemo, decían, es necesario tener en cuenta que obras tan magnas como la Gran Muralla, alientan la esperanza de atrapar lo inatrapable, aquello que está al otro lado de la apariencia. Otros, intentando deslindar el empirismo, han sostenido que construir una muralla tan grande, así carezca de fines comerciales, es un argumento irrefutable del poder del imperio. Este criterio es el fundamento de lo que con el tiempo se denominó *la paz armada*. De ser cierta esta finalidad secreta de los diseñadores, la construcción de la Gran Muralla habría te-

nido por objeto que en la Vía Láctea haya normas de comportamiento, normas y no leyes, tómesese muy en cuenta, de acuerdo a las cuales las cosas nunca dejan de ser lo que son. En consecuencia, la Gran Muralla jamás tuvo el propósito de imposibilitar la fuga de los altamente especializados fabricantes de fuegos artificiales, de la brújula o del tallarín.

En la historia no escrita se cuenta que cuando se volvió indetenible el avance de los guerrilleros de Mao-Tsé-Tung, los soldados de Chiang Kai Sek se llevaron a Taiwán los documentos en los que constan los diagramas y mapas, así como la descripción pormenorizada de los fundamentos de la hegemonía, que al parecer son los siguientes: 1) Crear la palabra símbolo como sustituto de jeroglifo. 2) Establecer los parámetros del concepto de rectitud, aplicable tanto en el interior como en la vastedad del universo. 3) Enseñar en todas las escuelas que la longitud descomunal de la Gran Muralla alude al camino que se inicia en el nunca jamás y que se va prolongando de acuerdo al obrar de la naturaleza humana. 4) El origen de las cosas no es un fin en sí mismo. 5) El concepto de unidad está constituido por los de principio y fin. Dicho de otro modo: ni causa ni efecto, sino adivinanza.

Estos enigmas fueron confirmados por experimentaciones científicas que demostraron que se puede mirar la Gran Muralla, trepar hacia ella, caminar por sus azoteas y laberintos, pero no comprenderla.

Como si fuese invisible así se la esté viendo, intocable aun cuando se la palpe. Es decir la imagen de la nada, la forma de lo amorfo. No se sabe quién inventó la palabra *efusividad*, pero Confucio, en el Lung-Yu, que quiere decir comentarios filosóficos, la usa para referirse no sólo a la iniciación o conclusión de la Gran Muralla, sino al concepto mismo de principialidad sin finalidad. Estas conjeturas han sido muy fértiles. Profundizando en ellas, los hombres más notables que nacieron después de las sucesivas construcciones parciales de la Gran Muralla, pacientemente unificaron disímiles visiones del mundo, por ejemplo las teorías científicas con los arquetipos de Jung, y obsesionados de que todo tiene un comienzo, desarrollaron teorías como las siguientes: 1) La del *big-bang*, es decir los estallidos sucesivos de un átomo seminal, así de chiquito, creador del universo, sin que nadie sepa ni se pregunte qué había antes de ese átomo prodigioso. 2) El origen de la vida entendida como auto-organización de la materia, y el soplo del *elan vital*, de Bergson. 3) La evolución de las especies y el origen de la humanidad hasta que por intermedio de Cervantes, después que escribió "Don Quijote de la Mancha", se le concedió al ser humano el título de *homo sapiens*.

****Jorge Rivadeneyra A.**

Es Abogado y Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, así como en Filosofía de la Historia.

Ha ejercido la Cátedra en diversas universidades de Colombia y Venezuela, y ocupado cargos

directivos en el campo académico, especialmente en la UCV.

Ha publicado más de una decena de novelas y relatos, entre los cuales es la más conocida en nuestro país, “Las Tierras del Nuaymas” y como el notable libro de cuentos “Ismata”, desgraciadamente ignorado.

Recientemente ha editado TODOCAMINOS, en la Editorial Venezolana Memorias de Alta Gracia, cuya portada y un relato se incluyen en el presente número de la revista, para mejor conocimiento de los lectores.

Preocupado por nuestra patria grande ha publicado diversos ensayos como Mito y Utopía en la Cultura de América Latina. (1996 y 1998)

En la contraportada de la segunda edición publicada por el Conejo en 1983 de Las Tierras del Nuaymas se dice: “Rivadeneyra ha realizado, dentro de la mayor modernidad, la experiencia más importante intentada en el país, hasta la fecha, en el terreno del lenguaje. Intensa y extensamente, esta obra, genera una expresión transgresora frente a un orden que debe ser cambiado y borda, al mismo tiempo, una constelación temática que se despla-

za desde la lucha armada hasta los intelectuales trepadores, la “izquierda bien vestida, que jamás está vencida”, los “democráticos” intereses del poder, el amor, la aventura, la penetración extranjera, en fin, el desgarramiento global de una época y un espacio donde “nuaymas” y de cualquier manera, había (hay) que hacerlo todo.”

En la edición de la UCB, de 1993m se dice de Ismata, que es “un libro de ocho cuentos, donde acaso lo más importante radica en la ruptura, o la reivindicación del lenguaje, de acuerdo a lo cual, por ejemplo, las palabras se transforman en seres con espesor y volumen, y la metáfora no solo es un recurso literario, sino el medio por el cual se pretende construir una especie de afirmación de la existencia, y ese existir inevitablemente deviene en una alegría trunca al enfrentarse con una realidad a la que, en este libro se denomina subamericanidad.

Los subamericanos, entonces, son una encharca de sucesos de los cuales nadie es culpable”.

En suma este libro poco difundido en el Ecuador es una suerte de Quitenses a la manera, guardando las proporciones, de los Dublineses de James Joyce.